

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

Ofrenda poética

A LA SEÑORITA

DOÑA CAROLINA CORONADO.

Al la célebre poetisa la señorita doña Carolina Coronado, residente en Cádiz.

Ensalcen otros, ¡Carolina hermosa!
vividuos soles, tus rasgados ojos,
tu frente de jazmin, tu faz de rosa,
y de tus labios rojos,
claveles sobre perlas, la dulzura,
tu breve pié, tu mórbida cintura.

Canten al par de tu nevado seno,
nido feliz, las blandas emociones,
en las que nunca se exhaló el veneno
de voraces pasiones;

y al puro rayo, que tu amor destella,
con flores cubran por dó quier tu huella.

Celebre de tus gracias el tesoro,
y los placeres mágicos que inspiras,
de las Nereidas el esbelto coro,
y al son de acordes liras,
que Gádes pulsa en tu loor, los mares
conmueva con sus férvidos cantares.

Que yo entretanto seguiré tu vuelo,
que al del águila abate en su carrera,
y surcando atrevido el alta esfera,
dominaré del cielo
la infinita region, y veré dónde
Jehovah su trono de zafiro esconde.

Al descender, contemplaré á tu lado,
de aquel sólio vivisimas centellas,
el fanal de los orbes, coronado
de candidas estrellas,
y, girando en sus círculos de plata,
esa luna gentil que te arrebató.

Pinta después de la anchurosa tierra
la hórrida convulsion, los largos males:
sarcásmos lanza á la implacable guerra,
que en velos funerales
todo lo envuelve, y lo sepulta luego,
sin escuchar nuestro ferviente ruego.

Mira la Europa arder! Mira el estrago,
que lamenta del Tiber la señora,
y cuál de sangre en espumoso lago
¡ay! sumergidos llora
sus palacios, sus templos, sus altares,
y sus valientes hijos á millares.

De humo y de llamas se inundó su espacio
de mil cañones al tonante estruendo;
y el gran Virgilio y el sublime Horacio,
de sus tumbas saliendo,
allí maldicen la discordia impia,
ya clame *libertad*, ya *tiranía*.

Maldicela también ¡clara Sirena!
en su rencor é interminable saña;
que del Volga y el Rin, Vistula y Sena
las corrientes empañó
con la sangre, que en lucha fratricida
vertiera su puñal, siempre homicida.

Maldicela, y no cantes los amores,
ni el ansiado placer, ni la belleza,
ni de los campos las pintadas flores,
ni la patria nobleza,
con tu arpa dulce y con tu voz sonora,
mientras no luzca de la paz la aurora.

No alegres ya del árabe castillo
los casi derrocados torreones,
ni evoques de Lucina al místico brillo

fantásticas visiones:
del genio alientas la potente llama,
y otro cantar la humanidad reclama.
¡Fraternidad! ¡perdon! di á las naciones,
¡fraternidad! ¡perdon! repita el mundo,
¡fraternidad! las célicas regiones,
y con eco profundo
tan sacrosanto nombre se oiga solo,
cual grito universal, de polo á polo.

Después que el orbe en los amantes brazos
de concordia feliz yazga dormido,
y con cadenas y con férreos lazos
el encono oprímido;

vuelve á entonar de Safo y de Corina
en tiernos raptos la canción divina.

Si tu amor es el mar, también lo es mío:
cantaremos entonces su bravura;
y si al tuyo igualar puede mi brío,
mi voz á tu voz pura,
de Iberia en los clarísimos anales
grabaré al par tus versos inmortales.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

Cádiz: 1849.

EL DIAMANTE Y EL CRISTAL.

*A la señorita doña Carolina Coronado, dis-
tinguida poetisa.*

«¿Por qué, si no te cedo en la tersura,
te dá el mundo mas precio?
¿Prefiriendo á la mia tu hermosura,
no juzgas, como yo, que el mundo es necio?»

De esta suerte decia
el cristal al diamante;
y al oírlo el diamante respondia:
«No así, cuando mas yerra,
tu loca vanidad es bien que arguya.
Bellos á entrambos nos formó la tierra;
mas para mengua tuya
la luz te falta, que mi seno encierra.»

Cristal es la belleza, ó Carolina:
la belleza y la luz; hé aqui el diamante:

la luz es el talento; luz divina.
Por eso de Corina
el nombre resplandece en las edades,
y en lamentable historia
por eso vive eterna la memoria
de quien, cisne al morir, cantó en Leucades,

Tú, en cuyo seno brilla
de aquella luz el esplendor sagrado,
no temas que el Leteo hunda en su orilla
un nombre por tus versos conquistado:
eterno vivirá para tu gloria,
siendo, cual hoy, allá en la edad lejana
del Tajo envidia, orgullo del Guadalquivir.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

La flor y el aplauso.

A la señorita Coronado.

Tus cantares oí desde las graves
riveras de los mares tronadores,
sentido como el trino de las aves,
dulce como el murmullo de las flores.

Saludarte anhelé para aplaudirte,
cuando te hallabas en la bella aurora.
Hoy que traída en alas de tu fama,
la orilla de mi hogar tu planta pisa,
deja que entre el bullicio que te aclama,
dé mi lira una flor para la dama,
y un aplauso sincero á la poetisa.

JOSÉ SANZ PÉREZ.

El tumulto en el Parnaso.

A la ingeniosísima poetisa la señorita Coronado.

En una hermosa mañana,
cuando el rayo de la aurora
el cielo viste de grana,

las cumbres del monte dora;

Cuando al viento dan las aves
de sus voces los sonidos:
el cisne en cantos suaves,
y la tórtola en gemidos;

En el Parnaso admirado
corre la nueva felice,
que el dios Apolo ha firmado
un decreto que así dice:

«Mando que de Carolina,
«envidia de los amores,
«cubran la frente divina
«de mi Parnaso las flores.

«Esto comunico solo
«á la española nacion:
«Lo firma: YO EL REY APOLO.
«Ceritica:—CALDERON.»

Las poetisas se indignaron,
cuando tal razon oyeron;
y con armas se juntaron,
y ante el palacio acudieron.

La preciosa FELICIANA
el tumulto dirigió,
la enemiga mas tirana
que LOPE en sus tiempos vió:

Dama que en traje de hombre
estudió filosofia,
mintiendo su sexo y nombre,
que solo el Amor sabia.

Y en demanda de laureles
quiso á Salamanca ir,
cansada de los claveles,
que le dió Guadalquivir.

Tambien contra CAROLINA
mostró su aleve pasion,
la hermosa CRISTOVALINA
del linage DE ALARCON:

Que de envidia un tiempo osenta
pintó al serafin del cielo
que á los ojos se presenta,
del serafin del Carmelo.

Poetisas son afamadas,
que ya por su buena suerte
se contemplau arrancadas
de los brazos de la muerte.

¡Justicia! claman en vano
ardiendo en rabia y enojos,
y armados de orgullo insano,
sus siempre divinos ojos:

A la envidia muy despiertos,
pero al desengaño esquivos
porque alguna vez los muertos

han de envidiar á los vivos.

A serenar el tumulto
fué el jorobado ALARCON;
mas solo sacó un insulto
entre uno y otro baldon.

Aun mas veloz que las horas,
va y les dice JUAN DE MENA:
«Catad, hermosas señoras,
«que es valadí vuestra pena.

«En las fembras honorables,
«ilustres y de alta guisa,
«fazañas tan espantables
«cosas son de mengua y risa.»

Con versos de amor y encanto
LOPE á convencerlas llega;
mas no tuvo poder tanto
el galan LOPE DE VEGA.

En esto ALONSO DE ERCILLA,
con el dulce GARCILASO,
llama, junta y acaudilla
á las tropas del Parnaso.

Sus broqueles, sus espadas,
y sus dardos voladores,
de las turbas rebeladas
no amedrentan los furoros.

En la batalla la gloria
su beldad les asegura;
que siempre alcanzan victoria
las armas de la hermosura.

El ejército ya cede:
á allojar la lid comienza;
y en tanto Apolo no puede
esconder su ira y vergüenza.

Contra enemigos tan fieros
buscan de triunfar los modos
en vano sus consejeros;
porque inútiles son todos.

Mas el retrato ha tomado
y versos de Carolina
un fraile viejo y taimado,
el buen TIRSO DE MOLINA.

Y al ejército cobarde,
que está deshecho y vencido,
de nuevo en vistoso alarde
junta, y le dice atrevido:

«En estas rimas hermosas
«que dictaron los Amores,
«se encierran mas tiernas rosas
«que el mayo produce flores.

«Por estos ojos divinos
«el mismo Amor tiene pena;
«por sus rayos peregrinos

«¿quién no gemirá en cadena?»

Al escuchar tal acento
el ejército camina,
y en alas del manso viento
vá el nombre de CAROLINA.

Tiembla la tierra al sentir
el pisar de los trotones:
por Carolina morir
anhelan los corazones.

Disparan al aire flechas
contra el potente enemigo
las tropas, que ya rehechas
llevan al Amor consigo.

La luz del sol oscurecen
con sus dardos y sus balas;
mas luego se desvanecen,
y muestra Febo sus galas.

Las vencedoras poetas
huyen sin freno ni ley,
y al cabo escuchan sumisas
los decretos de su rey.

De Apolo fué la victoria,
de Carolina las palmas:
dióle el destino la gloria
la admiracion nuestras almas.

ADOLFO DE CASTRO.

APUNTES DE UN VIAJE.

EL VALLE DEL YUMURÍ.

Existen en casi todos los pueblos ciertos monumentos del arte ó de la naturaleza, que son como grandes rasgos de la sabiduría divina, como pinceladas maestras que se destacan brillantemente del inmenso cuadro del mundo. Tales son entre los primeros los palacios árabes en España, las catacumbas en Roma, el acueducto de aguas libres en Lisboa y el túnel de Londres; y entre los segundos podremos citar el Salto del Niágara en los Estados-Unidos, los precipicios de Des-

peña-perros en España, el Vesubio en Nápoles y las cataratas del Nilo en Egipto.

Pues entre estas maravillas, que recom-
pensan las fatigas del viajero, que elevan su
entendimiento á un órden superior de cosas,
y que dan celebridad á las poblaciones que
tienen la fortuna de poseerlas, mereco con-
tarse el delicioso Valle del Yumurí, visitado
por todo el que vá á Matanzas, á esa rica
ciudad de la fiel Antilla española, que tan-
tos progresos hace en el camino de la cul-
tura, porque esta es hija siempre del co-
mercio. Este valle goza de nombradía, así en
América como en Europa, y nosotros habia-
mos tenido desde luego el afán de juzgarlo
por nosotros mismos, como lo tenemos de
contemplar cuanto haya de notable en la es-
tension dilatada de la tierra. Nuestro deseo
respecto al valle ha sido muy agradablemen-
te satisfecho, porque entre los obsequios con
que nos han favorecido algunos amigos de
Matanzas, es uno de ellos un paseo á la *Cum-
bre*, punto que domina completamente el Va-
lle del Yumurí, y que se atreve á mirar fren-
te á frente al gigantesco *Pan* que inspiró al
cisno de Cuba.

La cabalgata se componia del señor don
Francisco Roger, dignísimo diputado de la
Junta de Fomento en Matanzas, de los seño-
res Guiteras y Hernandez, jóvenes literatos
de ella, y del que escribe estos renglones.
Los dos primeros se acomodaron en un qui-
trin, á pesar del mal estado del camino para
carruages, como tuvo ocasion de ver, y Her-
nandez y yo preferimos montar á caballo.
Las cuatro de la tarde serian, hora en que
ya el sol mitigaba su fuerza tropical, cuando
nos posimos en movimiento, y atravesando
el arrabal de Versailles, y dejando á un lado
el hermoso hospital y el melancólico paseo
de Cristina, nos internamos por una vereda
irregular y escabrosa que conduce á la *Cum-
bre*. Seguimos subiendo constantemente, y
el camino, cada vez mas tortuoso, nos sor-
prendia con paisajes nuevos, encantadores,
que desaparecian fugazmente para volver á
presentarse despues. Durante algunos momen-
tos, nos hallábamos enfrente de la anchurosa
eusenada que forma la bahía de Matanzas, y
entónces la ciudad de los dos rios, coronada
de cimas por todas partes, se nos ofrecia
bajo un punto de vista muy pintoresco. Mas

tarde huía el mar de nuestros ojos, y entonces solo divisábamos las tetas de Camarioca y la cordillera de lomas que les sirven de prolongación.

¡Qué seductores, qué bellos eran estos cambios repentinos, en que siempre hallábamos nuevas cosas que admirar! ¡Qué delicia se derrama por los sentidos del hombre sensible á los encantos de la naturaleza al recorrer un sitio en que está grabada tan hondamente la huella de Dios, y en donde el mas impío canta su grandeza! Y si está dotado de un alma poética el que lo recorre, el que lo admira, entónces es doble el atractivo, y sus bellezas se multiplican á medida que la entusiasmada imaginación engrandece los objetos y les dá mas esplendentes colores. ¡Tal es el poder de la poesía!

Pero continuando nuestra ruta, interrumpida muchas veces por mí para dirigir miradas curiosas en todas direcciones, y estando ya á una legua de la ciudad, la vereda nos hizo dar una rápida é inesperada vuelta, conduciendo nuestra planta al borde mismo del Valle del Yumuri, que se nos presentó con todo su esplendor, con toda su maravilla. Recuerdo que este espectáculo me causó mas gratas impresiones que la *sierra* de Cintra y *val de Zebre*, poco distantes de Lisboa; lo cual es mucho decir, porque ambas cosas son el recreo de los viajeros.

Este delicioso valle, de cuya descripción nos ocupamos, está sepultado, por decirlo así, entre montañas de grande altura, en medio de las cuales sobresale, mas gigante que todas, mas altiva, la del *Pan* de Matanzas, no menos corpulenta ni célebre que el Peñon de Gibraltar y el Pico de Tenerife, y uno de los primeros objetos que el navegante reconoce al aproximarse á la isla; de manera que forma una especie de anfiteatro, cuya sola puerta es el *Abra*, abertura natural formada por la separación de dos grandes rocas que dan paso á las serenas aguas del Yumuri. En el fondo del valle serpea mansamente este rio, que nace en toda su prolongación y que contrasta con las pintorescas sinuosidades de aquel terreno, que, ora llano, ora cubierto de caprichosas lomas, de poca altura y formando pequeñas cordilleras, está engalanado por esbeltos palmares y anchas franjas verdes, revelación de la

preciada caña de Cuba. Aumentan la belleza de este cuadro los ingenios que pueblan el valle y el sordo rumor del mar de las Antillas, que parece cantar eternamente el mérito de la perla que circunda con sus olas.

Y el sol, que lanzaba su último rayo sobre tan brillante perspectiva, y que parecia sentir el tiempo que iba á dejar de alumbrarla, teñía de graciosos arboles de fuego y grana el azul purísimo de un cielo despejado y sin nubes. Y la fresca brisa de los mares, mas fresca y mas suave en las alturas y en los campos, reemplazaba al soporífero calor de este continuado estío, y agitaba las hojas de las palmas, doblemente airozas cuando se mecen. Ah! ¡Cuando se goza en esos sublimes instantes en que, abstra-yéndonos de la enojosa sociedad, de sus impertinencias, de sus ridiculeces, se conoce que es mas bueno allí el corazón, y que las ideas son mas elevadas! ¡Quién no se inspira, quién no es poeta al contemplar tanta hermosura! El que haya visitado el Valle del Yumuri se explicará fácilmente el porqué se han distinguido tantos hijos de Matanzas en la poesía, pues así como en los mejores libros aprendemos lo mas culminante de las ciencias, ensanchándose prodigiosamente con su estudio la sabiduría del hombre, así la imaginación es mas grande, mas fecunda, leyendo en esos hermosos libros de la naturaleza. Esto que decimos, es hijo del exámen y la reflexión; allí donde la mano de Dios ha derramado con mas amor sus dones, han nacido mas abundantemente poetas de primer orden; por eso Andalucía es superior al resto de España en este punto, por eso Italia lo es al mundo; y si en regiones frias y estériles queremos encontrarlos, los hallaremos al pié de una catarata, de una gigante montaña, ó en las márgenes de algun sagrado rio.

No acertábamos á separar los ojos de aquel encantado valle, en donde un patriarca de la religion estableceria su ermita y un soberano turco su harem; y experimentamos al alejarnos igual dolor que si nos ausentáramos de la muger querida. Pero el señor Roger quiso obsequiarnos en su casa de campo, y seguimos hasta un cuarto de legua mas. Aquella está situada en lo mas alto de la Cumbre, formando un cuadro perfecto, y

aislada en el centro de un cuadrilongo, que va á terminar en la costa por una guardarraya sembrada de piñares y cocoteros. La casa es de cedro y caoba, alhajada con esquisito gusto y rodeada de galerías circulares que sostienen columnas del eterno juncuno. Delante de ella se dilata un lindísimo jardín, en el cual hay un cenador de piedra lleno de asientos rústicos. Las Gracias mismas no pudieran acaso inventar otro sitio mas apropósito que este para pasar deliciosamente los rigores del estío, ni hubieran fabricado tampoco una casita mas caprichosamente bella, mas susceptible de gratas inspiraciones. A espaldas se estiende el océano en toda su inmensidad, pues á pesar de lo avanzado de la hora divisamos muy bien, con un magnífico anteojo, la farola de Cayo-Piedra, que está á doce leguas de distancia, y enfrente, y prolongándose por la derecha, el Valle del Yumuri. Hé aquí cómo nosotros deseáramos una morada, si alguna vez las borrascas de la vida nos lanzasen de las bulidoras ciudades!

Entrada ya la noche, y despues de un ligerísimo chubasco, que deshizo varias nubesillas que oscurecian el astro de la noche, é hizo que este vertiera raudales de su melancólica lumbre por aquellos apacibles contornos, emprendimos nuestro regreso para la ciudad, muy preocupados de las emociones que en nosotros habia despertado tan agradable paseo, y prometiéndonos que no sería la única escursion al valle. Con efecto, á los dos dias volvimos Hernandez y yo, por la parte de Bella-Vista, y ¡cual fué nuestra sorpresa al encontrarnos que todo habia desaparecido, y que solo miráramos una especie de lago!.... ¡Eran las seis de la mañana, y una espesísima niebla velaba las bellezas del valle del Yumuri; á través de ella se delineaban como en fantasmagoría las altas crestas de los montes que le tienen aprisionado..... se nos figuro ver un piélago en que sobrenadaban pequeños islotes. Esta espesa niebla, que diariamente se reproduce, necesita para disiparse de la accion vivificante del sol, cuando ha recorrido el cuadrante de la esfera.

Estas que dejo apuntadas, ó lectoras mias, son nada mas que impresiones de un viajero, ó noticias que necesito para mi *En-*

sayo de viages, obra de que hace tiempo me ocupo. Del valle del Yumuri habrán escrito con mas datos que yo varios hijos de estas regiones; solamente he querido en estas páginas consignar mi admiracion hácia un sitio que me servirá de modelo cuando tenga que describir algun valle encantado, ó alguna residencia de sultanes.

Emilio Bravo.

P O E M A

En la soledad.

¿Cómo te llamaré para que entendas
que me dirijo á tí, dulce amor mio,
cuando lleven al mundo las ofrendas,
que desde oculta soledad te envío?

A tí, sin nombre para mí en la tierra,
¿cómo te llamaré con aquel nombre,
tan claro que no pueda ningun hombre
confundirlo al cruzar por esta sierra?

¿Cómo sabrás que enamorada vivo
siempre de tí: que me lamento sola,
del Jévara que pasa fujitivo
mirando relucir ola tras ola.

Aquí estoy aguardando en esta peña
á que venga el que adora el alma mia:
¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña
la gruta que formé, por si venia?

¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales,
todos en flor, y acacias olorosas,
y cayendo en el agua, blancas rosas.
y entre la espuma lirios virginales?

Y ¿por qué de mi vista has de esconderte?
¿por qué no has de venir, si yo te llamo; ¿oh
por que quiero mirarte, quiero verte,
y tengo que decirte que te amo?

¿Quién nos ha de mirar por estas vegas,
como vengas al pié de las encinas,
si no hay mas que palomas campesinas,
que están tambien con sus amores ciegos?

Pero si quieres esperar la luna,

escondida estaré en la zarza-rosa;
y si vienes con planta cantelosa,
no nos podrá sentir paloma alguna.

Y no temas, si alguna se despierta;
que si lo logro ver, de gozo inmero;
y aunque despues lo cuente al mundo ontero,
¿qué han de decir los vivos de una muerta?

CAROLINA CORONADO.

Sierra de la Jarilla: Junio de 49.

TEATRO PRINCIPAL.

Volvióse el domingo á poner en escena la *Norma*, y por cierto que fué oída con alguna indiferencia por los pocos que concurrieron al teatro; sin embargo, en honor de la verdad debemos decir que fué mejor cantada que en las anteriores noches; pero tambien es preciso conocer que el público está aburrido de ella, por lo cual convendria se economizase lo mas posible su representacion. No diremos otro tanto del *Otelo*, que se ha dado dos veces en la última semana, y tenido bastante buen éxito.

La señora Corssi cantó bien y con mucho sentimiento; sin duda está muy en su cuerda la parte que desempeñaba.

El señor Baldanza supo aprovecharse de las muchas ocasiones que se le ofrecieron en esta partitura de lucir su hermosa voz. No menos feliz estuvo el señor Porto, quien siempre se esfuerza por merecer de los espectadores justas palmadas. En la primera noche fueron muy aplaudidos; y á instancias del público se repitió el duo del *Otelo* y Yago del segundo acto. No pudo suceder lo mismo en la segunda, por la razon sencilla de hallarse casi desierto el teatro. Quizás la gente se reserve para esta noche y la de mañana, en la que han de concurrir SS. AA. los serenísimos infantes, con cuyo motivo se han preparado muy escogidas luuciones.

Una sola ha sido hasta el viérnes la dra-

mática que en dicho teatro se ha dado en la pasada semana, y que sirvió de despedida al señor Arjona. Y á la verdad que no tuvo el mayor acierto en la eleccion de la comedia *Traidor, inconfeso y mártir*, pues á mas de ser una de las peores de Zorrilla, no la creemos muy apropósito para que en ella brillen las dotes del referido actor. Seamos francos; el señor Arjona nos gusta sobremanera en el género cómico, pero en el drama lo encontramos frio y se nos figura que le faltan facultades. Es fuerza conocer que no es dable á ningun actor ser general. ¿Serviria por ventura Romea para lo jocoso? ¿Es acaso Guzman apropósito para el drama ó la tragedia?

Juan Bravo el Comunero.

Como ofrecimos á nuestros lectores, vamos á hablar hoy de este drama en cuatro actos y en verso, obra representada recientemente en el teatro del Balon. El argumento se reduce en el primer acto á hablar en una plaza de Segovia varios del pueblo, acerca del levantamiento de Toledo, á incitarlos á la rebelion un tal Zapata, que es preso luego por un alguacil, y á irritarse con esto *Juan Bravo* de tal modo, que en mitad de la calle aconseja á los suyos que imiten el ejemplo de los de Toledo. La cólera de este comunero nació de una cosa sencillísima. Sale Bravo y se entera de la prision de Zapata, y pregunta:

Bravo, ¿Quién

le ha preso?

Mendo. Un alguacil.

Bravo. Oh!

eso es insufrible ya.

Malo era prenderlo; pero que esto lo hubiese hecho un alguacil, á la verdad debia reputarse por cosa insufrible. Despues de incitar á la rebelion públicamente, y de irse los del pueblo cada uno por su lado, Bravo se entra muy tranquilo en su casa. En ella recibe á un tal Osorio que andaba detras de su hija, el cual viene á negociar que Juan Bravo se esté quieto, cuando lo mas natural, pues el pueblo aun no

se había rebelado, era echarle el guante como al amigo Zapata; bien fuera con un alguacil, ó con otra cualquier cosa *mas sufrible*. Vuelve á cambiarse la escena por tercera vez en este acto: el pueblo ha hecho ya el bastante corage para amotinarse; pero despues del levantamiento viene uno diciendo que don Antonio Fonseca ha ido por la artilleria á Medina del Campo con objeto de combatir á Segovia. Se irritan todos, y en lugar de ir en pos de él para desviarlo de sus intenciones, dan vivas á la libertad y lo dejan que siga *libre* su camino, para que luego venga con ejército á acometerlos, y dá fin el acto. En el segundo pasa la accion en Medina del Campo, villa que no quiere dar la artilleria á Fonseca; pero ésie que la venia buscando, traia tanta que era suficiente á incendiar las casas del lugar. En todo el acto segundo no se habla mas que de bombas, y al final para solaz del auditorio, se ven caer en la escena. Pero lo extraño aquí es: que hubiera bombas en el año de 1520, cuando estas no se usaron hasta el año de 1588, en la villa de Wachtendoneck en Güeldres, segun la opinion mas bien recibida de los eruditos.

Este anacronismo de sesenta y ocho años nos hizo sospechar que en los actos siguientes iban los comuneros á dar vivas á la constitucion del año 12, á cantar el himno de Riego, y á mostrar sus simpatías por los húngaros ó venecianos.

Pedro Megia, hablando en la historia del Emperador del asedio de Medina, dice: *A este tiempo por la gente de Fonseca fué puesto fuego á ciertas casas de la plaza.*

La crónica de don Francés Zúñiga, afirma que ciertos soldados de los que con él (Fonseca) iban, pegaron fuego á la villa, y quemaron la mayor parte de ella.

Esto aseguran tambien Pedro de Alcócer, y don Fray Prudencio Sandoval. Por último el conde de la Roca, en el epitome de la vida de Carlos V, dice: «Quien mas de contado pagó su culpa, fué Medina del Campo, que defendiendo á Antonio de Fonseca la entrada, uno de los soldados peyó fuego á una casa que se comunicó á las otras.»

El origen de ponerse en este drama las bombas y los morteros estriba en lo siguiente: *Miñana* en su historia, dice que arrojaron sobre Medina los del Emperador dardos incendiarios. Su obra fué escrita en latin, y

hé aquí que el último de sus traductores, un don Vicente Romero (escribiente del ministerio de Estado) creyó que donde decia *Miñana dardos incendiarios*, se debería leer *granadas*; y así lo estampó en su traduccion publicada á fines del pasado siglo. Esto absurdo, obra de la mas grande ignorancia, ha sido copiado por los autores del drama *Juan Bravo*, y sobre falsedad y disparate tan notorios han fundado una gran parte de su composicion, solo con el objeto de dar al público el gusto de ver un bombardeo en la escena: lance digno de las plumas de los Comceilas, Valladares y Monceinos.

El drama está lleno todo de desatinos de este género: y como seguirlos paso á paso no es nuestro propósito, basta decir que Juan Bravo es degollado en el último acto: única cosa en que han mostrado los autores respetar la historia.

En la versificacion hay primores tambien y en el language. *Comenoh lo orizlo!*

Zapata dice, cuando le preguntan
¿Cómo vienes?

—Chamuscado

Zahareño asustadizo
y hasta el genio hecho un herizo
y el *sable* bien colorado.

Y vá de anacronismos. *Sables no habia* entónces, sino espadas.

En el acto tercero se leen estas palabras:

Ceñido al cuello el dogal,
si no vuelvo con presteza
Juan Bravo (asi á Dios le plugo)
por la mano del verdugo
VERA saltar su cabeza.

Quisiéramos saber como un hombre á quien degüellan, puede VER saltar su cabeza.

Solamente en el acto tercero se encuentran algunas escenas bastante regulares y alguno que otro rasgo de ingenio; pero están sin preparar y por tanto no producen todo el efecto que los autores deseaban.

Esto que hemos dicho solo es una sombra de lo mucho malo que hay en el *Juan Bravo*, drama que á pesar de las bombas, de los gritos, de los tumultos, de los clarines, de los cañonazos, y de los repiques de campanas, fué escuchado por el público con bastante frialdad.